

## TEMAS DE DEBATE

La arquitectura y el urbanismo más recientes están transformando nuestros hábitos de vida. Frente a la ya caduca diferencia entre el espacio de lo privado y el ámbito de lo público, se adivina, en algunas tendencias de la arquitectura contemporá-

nea, una redefinición de eso que, hasta hace bien poco, había sido el refugio individual o familiar frente al mundo. *La Vanguardia* ha reunido a varios expertos que proponen pensar en torno a un futuro que empieza a incidir en el presente.



ILUSTRACIONES: KATJA ENSELING

ber sido incorporadas intensivamente a todo discurso, con independencia de las intenciones.

En *Especies de espacios*, George Perec hace una crítica de la codificación sistemática del espacio doméstico y enumera posibles modelos alternativos a la vivienda funcional: apartamentos cuya estructura respondiera a criterios relacionales, como una sucesión de salones parecidos aunque con distintos grados de intimidad, a la manera de los antiguos palacios; o una casa cuyas habitaciones se adaptasen a un ciclo semanal (lunestorio, martesorio...) en lugar de a los ritmos cotidianos. Perec acaba confesando: "En varias ocasiones he tratado de pensar en un apartamento donde hubiera una pieza inútil, absoluta y deliberadamente inútil. No se trataba de un trastero, no era una habitación suplementaria, ni un pasillo, ni un cuchitril, ni un recoveco. Habría sido un espacio sin función (...) No *sin función precisa*, no plurifuncional

(esto todo el mundo lo sabe hacer), sino afuncional". Una sala que no estuviera reservada ni siquiera a la función más caprichosa o insignificante, como la audición de la *Sinfonía n.º 48* de Haydn o la limpieza del dedo gordo del pie derecho. "Creo que no perdí completamente el tiempo al tratar de franquear ese límite improbable: tengo la impre-

## ES TENTADOR

pensar en un mecanismo que permita eliminar las imágenes que hay en casa sin dejar huella

sión de que a través de ese esfuerzo se transparenta algo que podría tener el estatuto de habitable".

La actual iconografía futurista de películas como *Minority report*, de Steven Spielberg, representa la tecnología con un alto grado de inmaterialidad. El protagonista de esta historia, un hombre que ha perdido a

su hijo, llega a casa después del trabajo y con un sencillo gesto de la mano, sin necesidad de accionar ningún mecanismo, despliega una pantalla de gran formato en la que reproduce viejos vídeos familiares. La imagen aparece como una superficie etérea, ambiental, extensa y sin límites precisos, en medio de una sala de estar de aspecto tradicional. La pantalla tiene una capacidad hipnótica sobre el personaje, que, durante unos minutos, se siente transportado al pasado. Con otro movimiento de la mano, un gesto parecido al de borrar un pizarra, la imagen y el pasado se desvanecen, y el protagonista, a pesar de una cierta melancolía, retorna a un espacio liberado de esa carga sentimental. A diferencia de los retratos en la casa burguesa o la televisión, en la casa moderna, en esta ficción futurista, la imagen, con la misma facilidad, cubre todo el espacio que desaparece. Resulta tentador pensar en un mecanismo similar que no se circunscriba a las imágenes propias, sino que permita controlar con esa exquisita simplicidad, sin dejar huella, el bombardeo de imágenes que nos asalta diariamente.●

OPINIÓN: JORGE LUIS MARZO

## La paradoja del hogar y la movilidad

El individuo moderno ha cruzado una especie de Rubicón: ha superado su proverbial aislamiento. Durante más de cien años había tenido miedo de un espacio público que le parecía una jungla y se encerraba en casa. Pero ahora la selva se ha urbanizado. El individuo capitalista parece alcanzar un objetivo largamente perseguido: la dominación del espacio público, ese lugar donde lidiar con los demás y con todas las contradicciones que la gente lleva consigo. Las tensiones laborales, demográficas y económicas son crecientes, y están cada vez más entrelazadas entre ellas, así que *lo público* es contemplado como un ámbito natural del relax, del consumo, exento de presiones ideológicas, sociales y culturales, y que representa la multiplicidad social: uno a uno. Y por supuesto, se le han dado las máximas garantías al individuo de que en ese nuevo espacio puede disfrutar de derechos propios, los que disponía en la privacidad del hogar.

Durante la era del individualismo *doméstico*, el espacio público representaba el extremo opuesto del *hogar*, *dulce hogar*: en la calle, las paradojas del capitalismo y de la democracia se mostraban a veces violentamente. El espacio público era el peligro más palpable de la sociedad del *beneficio* y el hogar se cimentaba sobre ese miedo. Las casas fueron pronto equipadas con medios que no dejaran del todo desconectado al individuo de su entorno. Pero con la privatización comercial de la calle y la consecuente desactivación política de ésta, el espacio público se comenzó a modelar como una mera plataforma, como un escenario donde comprobar el rendimiento de nuestra conectividad, pero sin un compromiso político de la definición de entorno comunitario. Para comunicarnos privadamente en el espacio público, éste debe concebirse de una nueva suerte: debe privatizarse.

Durante la *disputa* entre lo público y lo privado acaecida en el siglo XX, es fácilmente constatable que algunos hechos y procesos han modelado estos cambios ahora evidentes. Por ejemplo, los desplazamientos y corrimientos entre los diversos individuos que han poblado el hogar familiar. La imagen del hogar familiar ha sido subrayada como el contrapunto a la idea de lo público, mostrada habitualmente en términos de negociación incesante e implacable, la propia del trabajo. El hogar era resaltado por sus funciones protectoras y sanadoras: "El hogar es el centro desde el que los hombres parten hacia los negocios, y al que vuelven con el botín", como señalaron Briggs y Burke. Sin embargo, en el interior de las casas nacían unas relaciones que convirtieron al hogar ya no en un espacio privado, sino en un espacio semipúblico privatizado por sus miembros, y que, a la postre, serviría de trampolín para la nueva era de la movilidad y de su consiguiente nuevo espacio público. El hogar ya no es en absoluto ningún espacio homogéneo y exento de tensiones como se nos ha hecho creer por los discursos políticos y comerciales. El hogar tampoco no es el lado privado de la frontera con lo público. Todo lo contrario.

El hogar se ha transformado enormemente, pero a nadie parece interesarle mucho esta dinámica. El mito de la movilidad recorre imperativo el lenguaje corporativo, político, mediático y artístico; sin embargo, nadie parece muy interesado en analizar en profundidad hasta qué punto esta movilidad es cierta o simplemente responde a una ilusión o a un ejercicio de ilusionismo. Lo que sí parece cierto es que el nuevo sujeto moderno parece decidido a deshacer parte del contrato social que lo vinculaba al entorno familiar y a un compromiso social en el marco del hogar. Pero sin salir de casa: o mejor, asumiendo el sueño de llevar la casa a cuestas. Nos encontramos ante personajes sedentarios que viven la ilusión de lo nómada, liberados como están en definitiva de los pesados lazos que el hogar y la familia habían trenzado a su alrededor.●

JOSÉ LUIS MARZO, crítico de arte y comisario de exposiciones independiente

